

## 7. Recoger (a modo de epílogo)

Recoger como cuando una da cuenta del fruto: la cosecha.

Parar, moverse, caminar, caer, erguirse y pesar. Desde aquí, se puede ver ahora el breve camino que nos hemos hecho juntas. Así, lo primero, agradecer la atención y la presencia.

Y después, hacer el ejercicio retrospectivo que nos permite repasar, es decir, volver a pasar imaginariamente sobre los pasos propios y observar lo sucedido y lo vivido. Desde lo más cerca a lo más lejos y, llegados a este punto, aquí es el final y allí, el lejano principio.

Cuando una se lanza a la escritura, una no sabe muy bien a dónde se dirige. Pero siempre hay una dirección. Por mucha incertidumbre e indecisión que suframos, basta lanzar un paso y la dirección aparece. Cada paso, una acción y después de siete intentos, una secuencia. Un recorrido que nos ha permitido tener una vivencia concreta del paso del tiempo.

Por una parte, aparece la evidencia histórica, la sorpresa al darnos cuenta de todo lo que han cambiado las cosas en el corto periodo de tiempo que ha durado este proceso de escritura. Cuando esta escritura comenzó todavía estábamos confinadas y se hacía muy difícil imaginar el “después”. Ahora, es ya el “después”: ha acabado el estado de emergencia, han comenzado el verano y las vacaciones escolares y hemos entrado de lleno en eso que Estrella de Diego con su clarividencia característica ha dado en llamar “normalidad chungá”. Las preguntas han cambiado muy rápido porque ahora las necesidades parecen ser otras: se hace evidente la distancia a pesar del breve tiempo pasado. Así, si algo ha quedado claro en este proceso es que necesitamos ser muy flexibles para poder adaptarnos y responder a una realidad que cambia de una forma cada vez más acelerada. Pero eso no basta: además y aunque resulte paradójico, al mismo tiempo que somos flexibles necesitamos practicar cierto aplomo que haga que no nos arrastre cualquier de esas patologías sociales y anímicas propias de esta pandemia (el miedo, la paranoia, la mentira, el odio, la estupidez profunda, etc.) Por otra parte, al contemplar el camino concreto que hemos hecho, descubrimos que quizás

la razón de todo esto no era tanto explorar (modestamente) conexiones entre arte y educación, como, simplemente, volver a nuestros cuerpos, trazar un camino de vuelta a casa, de vuelta a esa realidad fascinante que es esta carnalidad en la que cada una de nosotras habita.

Y es que, como ha dejado claro esta pandemia, el cuerpo está en el centro de todo. Nada podemos hacer o conocer, a ningún lugar podremos llegar si no es con cada uno de nuestros cuerpos. Por eso la necesidad vital de cuidarnos, respetarnos y conocernos en tanto encarnaciones, en tanto realidades carnales. Porque a estas alturas ya todas tenemos clarísimo que el ser y la carne son formas distintas de nombrar lo mismo. Porque la labor de nuestros órganos, tejidos, células y fluidos no es otra que producir consciencia. Porque peso, luego existo.

Así que ahora, después de todo, recoger. Recoger también como cuando una recoge la mesa: no tanto por ordenar como por dejar espacio para el siguiente banquete.

Pesar, erguirse, caer, caminar, moverse, parar y recoger.

Siete acciones entrelazadas que son un pequeño intento de abrir un espacio de cuestionamiento y reflexión. Siete meditaciones para que cada quien con su cuerpo pronuncie sus propias preguntas y se lance a la búsqueda libre y autónoma.

Esta es la ofrenda, el modesto homenaje a todas aquellas personas que, por un motivo u otro, se han visto en la necesidad o responsabilidad de realizar algún tipo de labor pedagógica. Esto es para ti y sería maravilloso que esta pequeña colección de palabras produjera alguna resonancia gozosa en tu cuerpo. Porque el gozo, ese estado radicalmente carnal en el que podemos entregarnos sin reservas a la celebración de la vida, seguramente sea la expresión más clara y rotunda de que nuestros cuerpos están creando, entendiendo y aprendiendo.

*Jaime Conde-Salazar s.u.s.*